

Libro: Introducción a las
disciplinas Espirituales.
Roberto Amparo Rivera
(cap. 8, pag. 91-97)

CAPÍTULO 8

La disciplina del perdón

Muy pocas veces se piensa en la práctica del perdón como disciplina espiritual. Más bien se ve como una buena idea de la vida cristiana, la cual contribuye a asegurar entrada a la eternidad después que uno se muera. Perdonar como un hábito del corazón es la excepción antes que la regla.

Testimonio bíblico

En el testimonio bíblico, la fuente del perdón es Dios mismo. Desde el huerto de Edén, donde confronta y perdona la desobediencia de nuestros primeros padres, hasta la cruz del Calvario, donde compra el perdón de la humanidad con la sangre de su Hijo, el cuadro es de un Dios perdonador que por su misericordia y su fidelidad borra nuestras rebeliones.

En la visión de Moisés en el Sinaí, Dios mismo se proclama como perdonador:

Y Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tarde para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación.

Aunque él visita "la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación" (v. 7), siempre provee lugar para el arrepentimiento y el perdón: "Pues sus corazones no eran rectos con él, ni estuvieron firmes en su pacto. Pero él, misericordioso, perdonaba la maldad, y no los destruía. Y apartó muchas veces su ira y no despertó todo su enojo" (Salmos 78:37, 38).

En el Nuevo Testamento, Jesús encarnó la imagen perfecta del Dios perdonador. De hecho, cuando Juan el Bautista lo presentó por primera vez en la escena del bautismo, exclamó: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29). En la oración modelo que les enseñó a los discípulos, estableció la práctica del perdón como indicador de una vida perdonada.

Y les dijo: Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal.

Lucas 11:2-4

Pareciera que Jesús antepone el perdón humano como requisito indispensable para el perdón divino: "perdonarnos porque también nosotros perdonamos". Sin embargo, lo contrario es cierto. Nosotros perdonamos porque hemos experimentado el perdón de Dios. Nuestro perdón es el resultado natural y no la causa de que Dios nos perdone.

La persona que es incapaz de perdonar es incapaz de vivir la vida perdonada. Puede saber intelectualmente que Dios perdona. Puede recitar de memoria todos los versículos relacionados con el tema del perdón. Pero en lo más profundo de sus entrañas, su alma está prisionera en una cárcel autoconstruida de odio y culpa.

Un ejemplo bíblico de perdón otorgado pero no experimentado es el de los hermanos de José el hijo de Jacob. Desde aquel día aciago en la llanura de Dotán en que le hicieron violencia y lo vendieron como esclavo, vivieron con una carga insoportable de culpa y remordimiento. Su culpa se tomó en pánico cuando supieron que José estaba vivo y que era un funcionario poderoso en Egipto. Diecisiete años vivieron temerosos, seguros de que a la muerte de Jacob, José tomaría venganza de ellos. El amor, la generosidad y la hospitalidad

que él les había demostrado desde el primer día no eran suficientes para aliviar sus conciencias culpables.

Finalmente no pudieron más y decidieron enfrentar su suerte.

Viendo los hermanos de José que su padre era muerto, dijeron: Quizá nos aborrecerá José, y nos dará el pago de todo el mal que le hicimos. Y enviaron a decir a José: Tu padre mandó antes de su muerte, diciendo: Así diréis a José: Te ruego que perdones ahora la maldad de tus hermanos y su pecado, porque mal te trataron; por tanto, ahora te rogamos que perdones la maldad de los siervos del Dios de tu padre. Y José lloró mientras hablaban. Vinieron también sus hermanos y se postraron delante de él, y dijeron: Hemos aquí por siervos tuyos. Y les respondió José: No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo. Ahora, pues, no tengáis miedo; yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos. Así los consoló, y les habló al corazón.

Génesis 50:15-21

Vivieron diecisiete años de tortura por un pecado que ya había sido perdonado. De igual modo sucede con la persona que no sabe o no puede vivir el perdón que ya Dios proveyó para sus pecados. Sufre de una sequedad espiritual que le impide perdonar a quienes le ofenden. Se condena a sí mismo por una deuda que ya fue pagada en su totalidad.

Perdón y discipulado

En su camino final hacia Jerusalén y la cruz, Jesús les advirtió a los discípulos que negarse a perdonar era un riesgo de tropiezo.

Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale.

Lucas 17:3, 4

Los discípulos pensaron que el Maestro exageraba y que lo que les pedía era imposible. Creyéndose que decían gran cosa se quejaron: "Señor, aumentanos la fe" (v. 5). En otras palabras, la fe que tenemos ahora no es suficiente para hacer lo que nos pides. Si quieres que te obedezcamos, necesitamos añadir a nuestra fe.

Jesús respondió a esta supuesta profundidad teológica narrándoles un cuento: "Supongamos que uno de ustedes tiene un esclavo que se pasa todo el día en el campo arando o cuidando el ganado. Por la tarde regresa cansado y oloroso a vacas o a tierra. ¿Usted le diría al esclavo que se sienta a descansar mientras usted le sirve? Pienso que no. Al contrario, le diría: Prepárame la comida. Después te bañas y te cambias de ropa, porque no vas a venir a la mesa con esa fachada. Me sirves y te quedas ahí hasta que yo termine por si se me ocurre otra cosa. Cuando yo no quiera más, entonces comes tú y descansas. ¿Saben por qué el esclavo hace todo esto sin protestar? La respuesta es fácil. No tiene que ver con si está cansado o si tiene fe. Lo hace porque sabe quién es el amo y quién es el esclavo."

Para ustedes hacer lo que yo les digo, no necesitan más fe. Sólo necesitan saber quién es el esclavo y quién es el Señor."

Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos.

Lucas 17:10

En otras palabras, el perdón como práctica de la vida cristiana no depende de si uno quiere o no perdonar, si la otra persona merece o no nuestro perdón, o si la falta fue demasiado grave para olvidarla. En primer lugar, depende de nuestro reconocimiento del señorío de Cristo. Él es el Señor y nos ordena que perdonemos. Tiene que darnoslo como orden y no como sugerencia por la gravedad que conlleva no perdonar. El cuento fue hecho en el contexto de los peligros de tropezar o hacer tropezar al hermano.

En segundo lugar, depende de nuestra gratitud a Dios por habernos perdonado cuando no merecíamos su perdón —perdón que, dicho sea de paso, todavía no merecemos. Somos perdonados de pura gracia.

Tercero, depende de lo que pensamos de nosotros mismos. Perdonamos por quienes somos: gente redimida, con una relación de intimidad y deseos intensos de agradecer al Dios perdonador.

Perdón costoso

El perdón es costoso y conlleva un doble riesgo. Por un lado, tengo la obligación de pedir perdón, pero no puedo obligar a la otra per-

sona a perdonarme. Esa es decisión solamente suya. Por el otro, tengo la obligación de perdonar, pero no puedo obligar a nadie a aceptar mi perdón. Pablo dice: "Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres" (Romanos 12:18). Perdonar y pedir perdón depende de mí. La respuesta de la otra persona está fuera de mi control.

El pastor Jerry Cook dice, citando a Catherine Marshall, que perdonar es libertar a otra persona de mi juicio personal. Quitar mi juicio personal de la otra persona no quiere decir que estoy de acuerdo con lo que dijo o hizo. Simplemente, quiere decir que no voy a actuar como su juez. No voy a pronunciar un veredicto de culpabilidad sobre él o ella.

Mantener a alguien bajo mi juicio personal es jugar a ser Dios con esa persona. La Palabra dice: "Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor" (Romanos 12:19). Si perdonamos, somos perdonados; si juzgamos, seremos juzgados (Lucas 6:37). Un día voy a necesitar que tú me perdones, y me conviene saber que no me vas a condenar cuando mis flaquezas e imperfecciones empiecen a surgir. Necesito saber que no vas a ser mi juez ni vas a demandar al juez que me condene.

Hay un solo Juez y un Señor y se llama Jesucristo. Si le pido a Jesucristo que castigue a quien me ofendió, estoy interfiriendo con las funciones del Juez. Eso a mí no me corresponde.

Cuando perdonamos o pedimos perdón experimentamos libertad. El odio, resentimiento, deseo de venganza, y otros sentimientos similares, forman una prisión horrible para quienes los sostienen. Lo peor es que le hacen más daño a la persona que odia que a la odiada. En ese sentido son instrumentos de autodestrucción. En cambio, perdonar liberta.

El perdón como sanidad

El pastor y consejero Ismael López Borrero describe el perdón como un elemento esencial para lograr sanidad integral. En la página 17 de su libro *Consejería del perdón*, dice:

Se define el perdón como un proceso interior y un fenómeno motivacional que transforma el estado emocional de una persona herida, mediante una decisión intelectual, moral y voluntaria que le guía a la sanidad de senti-

mientos profundos tales como el resentimiento, la ira, la culpa y la venganza, expresando finalmente un perdón incondicional hacia el ofensor.

Añade López Borrero que el perdón es una necesidad práctica. Necesitamos perdonar a quienes nos han dañado porque solamente así podemos desprendernos del dolor que nos embarga y seguir adelante con nuestra vida. ¡No en balde Jesús lo elevó al nivel de mandamiento, independientemente de la calidad o cantidad de nuestra fe! Es una necesidad humana y una decisión tanto de los sentimientos como del intelecto y la voluntad.

Concluye López Borrero en las páginas 104-105:

El perdón produce paz interior y esta a su vez produce felicidad... Podemos decir sin temor a equivocarnos que el perdón es la llave maestra de la vida.

El perdón como disciplina

El perdón como disciplina no es fácil debido a la tendencia humana a vengarnos de quien nos hizo mal. Además, como dice Timothy L. Smith en su artículo sobre el perdón en el *Diccionario teológico Beacon*, el impulso moderno, reforzado recientemente por la consejería psicológica, es a evitar el despertamiento de sentimientos de culpabilidad, y a olvidar las faltas graves como asuntos sin consecuencias. "Oh, olvídale", decimos ligeramente, "no fue nada". Igualmente, negamos las consecuencias de nuestra rebelión contra Dios o las violaciones del principio del amor ético en nuestra relación con otros.

El perdón bíblico requiere enfrentar directamente la culpa y animar a otros a hacerlo, con la confianza que el perdón sanador del Dios eterno, confirmado en el Calvario, garantiza el poder de la gracia salvadora. Una vez estamos conscientes de esto, el perdón dado y recibido se hace parte de nuestra práctica diaria.

Como cualquier otro hábito, este hábito del corazón al principio da trabajo. Después lo hacemos porque sí, porque es lo natural para quienes profesan una relación de intimidad con Dios. Perdonamos y pedimos perdón, no porque queremos ir al cielo, sino porque ya estamos "sentados en lugares celestiales con Cristo", parafraseando al apóstol Pablo (Efesios 2:6).

Resumen

Dios es la fuente de perdón. Su misericordia perdonadora es el prototipo de la práctica cristiana de pedir perdón y perdonar. Jesús enseñó que para vivir una vida perdonada, es necesario perdonar. Quizás por eso fue que elevó el perdón a la categoría de una orden del Señor a sus siervos, que no depende de la calidad o intensidad de la fe, sino de la obediencia al señorío de Cristo. Es interesante que tanto en hebreo como en griego, la palabra para siervo y esclavo es la misma.

El perdón es tanto una actitud como un acto de los sentimientos, el intelecto y la voluntad. Es requisito previo para experimentar santidad integral. Liberta a quien perdona de una cárcel autoimpuesta de odio, resentimiento o deseo de venganza. Es una práctica costosa, pues uno se arriesga a que la otra persona se niegue a aceptar o dar perdón. No obstante, negarse a perdonar o a recibir perdón cuesta mucho más, en cuanto puede conducir a un tropiezo fatal en la vida cristiana.

ALGO EN QUE PENSAR

Vencemos con el perdón

La experiencia del perdón es única en nuestras vidas. Es un proceso que energiza, vigoriza, fortalece y renueva nuestra vida. Si aprendemos a perdonar satisfacemos la regla de Dios, nos satisfacemos a nosotros mismos, satisfacemos a los que nos rodean y somos los seres más felices del universo. No podemos permitir que una ofensa nos destruya. Recordemos que los ofensores no nos vencen con sus ofensas; nosotros los vencemos con nuestro perdón.

Ismael López Borrero